

“Echeverrísimos”

TATIANA
ACEVEDO
GUERRERO



ESTA SEMANA DISTINTOS MEDIOS nos recordaron que en la agencia Du Brands, con un contrato por \$3.500 millones para posicionar la imagen presidencial, trabaja Emanuel Echeverri, hijo del gerente de la campaña del presidente Duque, Luigi Echeverri. Este último es hijo de Fabio Echeverri Correa, presidente de la ANDI por muchos años, gerente de las campañas presidenciales de Álvaro Uribe y su representante en juntas directivas varias. Hoy Echeverri, no Emanuel ni Fabio sino Luigi, representa a Duque en las juntas directivas de Ecopetrol y la Cámara de Comercio de Bogotá. Cuenta un perfil que esta es una estirpe de hombres machorros. “Luigi es de un carácter fuerte, como el de su padre”, se dice. “Y como su voz

se oía, a muchos les parece que anda regañando o enojado”. Se nos cuenta también que el mentado gerente es preso de una obsesión con la Guerra Fría y se desvive por frenar una supuesta alianza entre Juan Manuel Santos y “Raúl (Castro) y sus generales”.

Aunque no es muy dado a dar entrevistas, en ocasiones coge rabia y escribe extensos comunicados. A veces arremete contra sus propios colegas dirigentes gremiales por haber apoyado el proceso de paz. El “gobiernismo gremial —afirma— rayó en la lambonería y el temor de muchos a un gobierno que no se paró en pelo para desplegar las acciones de toda su extensa batería lacaya”. De acuerdo con un artículo de *La Silla Vacía* en que se entrevista de manera anónima a varios directivos, hay divisiones en el mundo empresarial, pues varios no se sienten identificados con Luigi. Sus ideas sobre el castrochavismo parecen “guerristas”.

Estas rencillas ideológicas entre élites económicas no son nada nuevo. Históricamente, las élites económicas han sido políticamente heterogéneas. Aunque es difícil pensar en industriales y terratenientes como grupos separados, varios grupos abanderaron intereses diferentes, según el respectivo contexto histórico y regional. Los gremios predicaban por aparte en cuestiones partidistas. Desde 1942 y durante el período de la Violencia, el presidente de la Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC) fue el liberal Alfonso López Pumarejo. Durante la misma época la Federación Nacional de Cafeteros y la ANDI tenían vínculos entrañables con el Partido Conservador.

Sin embargo, por muchas diferencias que tuvieran, a todos los actores económicos les convino, en alguna medida, la confrontación armada de los años 50 y 60. Tal como lo han documentado varios historiadores, el conflicto armado ha coincidido con el crecimiento económico y con las bonanzas entre los que ya estaban acomodados. A lo largo de la violencia de la primera mitad del siglo XX, las élites económicas con filiaciones a ambos partidos se hicieron a importantes benefi-

cios. Como nos lo explica el profesor Eduardo Sáenz Rovner, la violencia partidista de los 50, desbocada por la intransigencia del conservadurismo de derecha y el letargo entre la cúpula del liberalismo, puede ser leída como parte de una “ofensiva empresarial”.

Otra de las similitudes entre élites económicas es que, no obstante sus posibles matices políticos, reaccionan de manera parecida frente a iniciativas subversivas. Ante las andanadas guerrilleras a partir de los 60, los grupos económicos a escala nacional y regional prefirieron recurrir a formas privadas de seguridad (y violencia) en lugar de pagar impuestos que derivarían en redistribución y servicios públicos como la seguridad. Algunas veces dichas élites aceptaron pagar ciertos tributos, pero son muchísimos los casos en que, de manera tácita o explícita, apoyaron (e incluso crearon) iniciativas de seguridad privada paraestatal. Este fenómeno puede ser descrito en las famosas palabras del mismísimo Fabio Echeverri: “El país va mal, pero la economía va bien”.

Tejer a Colombia

WILLIAM
OSPINA



¿QUÉ TIENEN EN COMÚN SAN AGUSTÍN y Barranquilla? Cuando pensamos en ellos nos parecen dos mundos, dos geografías, dos climas, dos tipos de humanidad; uno encajonado en sus montañas, el otro abierto a la inmensidad del océano. También los gobiernos los pensaron siempre como cosas distintas y casi incompatibles, pero hay algo poderoso y sagrado que los une: el río Magdalena, que tiene en ellos su comienzo y su fin.

Algo esencial de Colombia depende del hilo que unen esos extremos. Porque no es solo un río de agua, no es solo el río generoso de peces que llamamos “la subienda”, es también un hilo de músicas, desde los bambucos y los rajaleñas del Huila y los bundes y pasillos del Tolima hasta las cumbias de José Barros y los porros festivos del maestro Campo Miranda, y el recuerdo de ese día de 1960 en que Juan Madero al clarinete y Wilson Choperena con la voz hicieron nacer en las playas ardientes de Barranca Bermeja “La pollera colorá”, el otro himno nacional.

Y es también un hilo de la memoria: de co-reguajes y andaquíes, de las retaliaciones de la Gaitana, y los cepos señoriales en que aprehendían a Quintín Lame; desde el amor de esas tierras: “Vieja hacienda del Cedral, te llevo yo en mi cantar, te llevo yo en mi recuerdo/ en esta tierra nací, en ella también viví y en ella quiero mi entierro”, hasta las luchas estériles de los guerrilleros de tiempos más ingenuos.

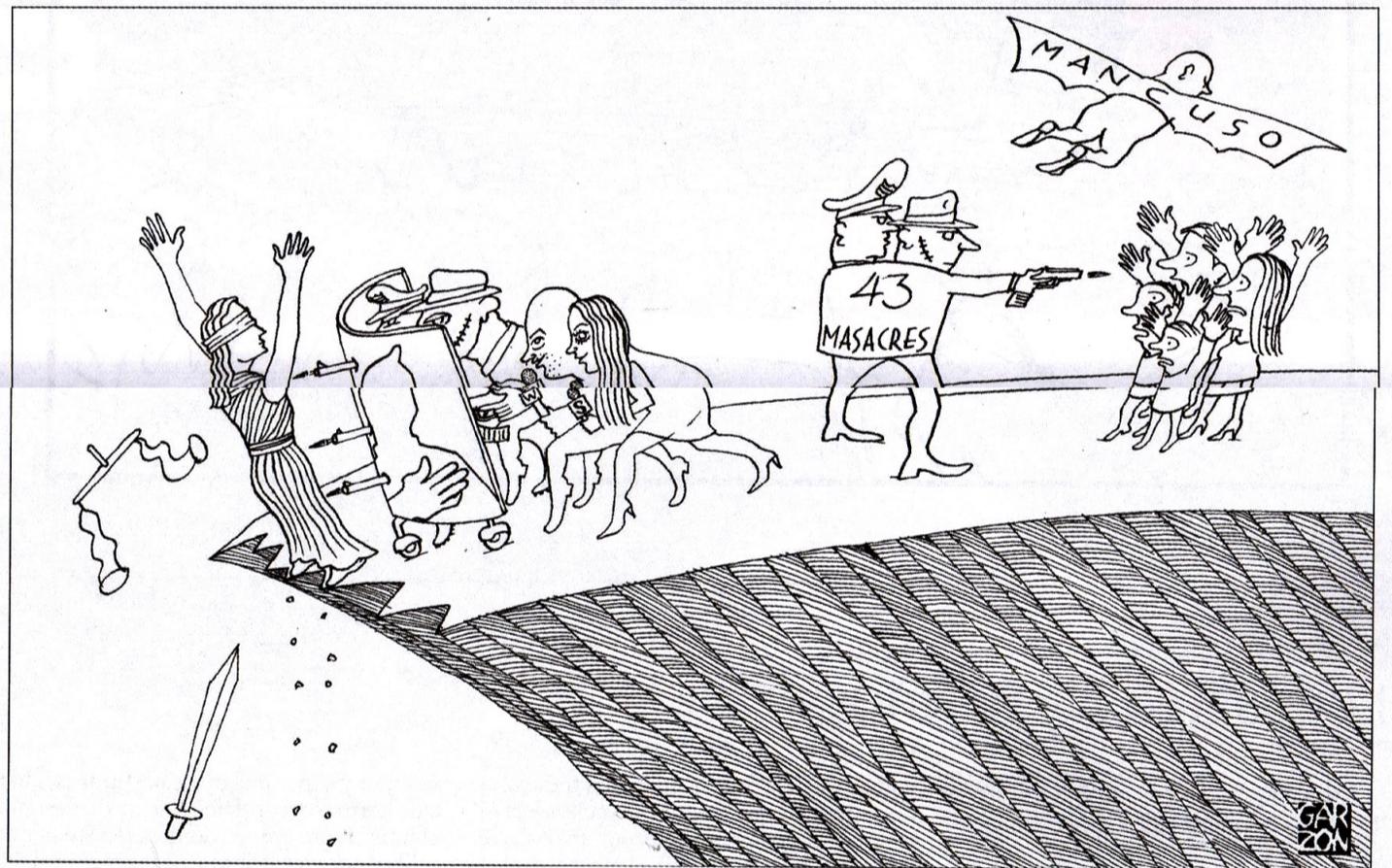
Viniendo desde el nudo de los Pastos, que suelta sus aguas hacia el Caribe, hacia el Pacífico y hacia el infinito Amazonas, está ese parque de criaturas de piedra que vigilan las fuentes del río. Y después, para bien y para mal, las represas de Betania y del Quimbo: esos trueques extraños de la modernidad que cambia agua viva por electricidad, naturaleza por rentabilidad.

En esas orillas se gestaron las estampas de la “Tierra de Promisión” de José Eustasio Rivera, el primer poeta que volvió los ojos hacia el sur y quiso convertirlo en palabras.

Ahora estamos aprendiendo por fin que el agua es más valiosa que el oro, las guerras del petróleo ya amenazan con ceder su lugar a las guerras del agua, pero todavía no aprendemos que este territorio es una de las más ricas fábricas de agua del mundo. Un páramo es una esponja vegetal que absorbe la humedad y la destila en agua por arroyos y quebradas hasta formar los ríos enermes, y Colombia tiene la mitad de los páramos de este planeta.

Solo por la salud de los ríos podemos saber

Cartones de Garzón



cómo está funcionando esa fábrica de agua. Del mismo modo las palabras nos dicen cómo está la conciencia de una comunidad.

Cuántas historias, de La Jagua al Quimbo, de Pitalito a Neiva, de Natagaima a Purificación, de Girardot a Ambalema, de Honda a La Dorada; caminos, fundaciones, cultivos, desastres; historias de los panches bajo el azote de Añasco y Belalcázar; el paso de las canoas de Humboldt cargadas de barómetros y sextantes y cronómetros de Seyffert, para perderse monte arriba, por Coello y Cajamarca, entre aguaceros, hacia los milagros de la flora desconocida y hacia la fundación de la geografía moderna.

Hay una piedra en la mitad del río que impidió que los barcos grandes llegaran a Tocaima y a Neiva, y que convirtió a Honda en el puerto proveedor de la Sabana. Y allá va el río con su esfuerzo y su historia, con los bogas indios en sus canoas y los remeros negros en sus chalupas, y con Bolívar en su lancha que no deja de inventar naciones ni siquiera en las siestas eróticas de Mompox, o con Bolívar bajando moribundo por los paisajes de sus vie-

jas victorias; con García Márquez de 13 años cantando vallenatos en un vapor varado, y con los presidentes fúnebres de una república a la que no entienden, sofocados por sus sacolevas en unas playas candentes y palúdicas.

Seguimos el curso de las canoas que llevan la quina y de las balsas que llevan el tabaco hacia el norte. Por la orilla se tienden los caminos y los ferrocarriles, después las carreteras y las troncales, y cada trazo es una saga, desde los diez mil bueyes que bajaban de Manizales la cosecha cafetera, hasta los ingenieros ingleses que trazaron después el cable aéreo. Seguimos el rumbo del Mohan y de la Madremonte, del terremoto de Honda, de la avalancha de Armero, de los tabacales del siglo XIX y de los algodonales del siglo XX a los que consiguió marchitar en un instante la firma de un presidente en un solo tratado de libre comercio, porque aquí nos encanta dejar a ciegas y en pocas manos lo que es de todos.

Pero de repente el río ya no es el mismo; de pronto tiene otros colores, y es que de una meseta invisible por lejana y por alta,

una ciudad de diez millones de habitantes que no sabe hacia dónde desagua su mar de jabones y detergentes y desechos industriales, que bajan formando colinas de espuma, arroja el fruto de tanto progreso en el gran río que pasa hacia el norte, llevando el sedimento de pesticidas y fertilizantes de dos cordilleras, el cianuro de las minas, los filtrados de las petroleras, hacia la extensa región de las ciénagas, donde salía una llorona loca y donde un hombre se volvió caimán. De repente el hilo sagrado es ya solo un río envenenado donde resisten unas garzas y unos cormoranes, donde no sobrevivieron siquiera los caimanes incontables, y que se va, se va, por el Banco y por Magangué, se va para Barranquilla, y lleva después tan lejos su contaminación que dicen que alcanza hasta las costas de Jamaica.

Tenemos tanto por hacer. Y ese hilo al que hoy le hemos seguido el rastro, es apenas uno de esos millares de hilos de agua, de tierra, de memoria, de arte y de música, que tenemos que honrar y conocer y sanar y salvar, con los que vamos a tejer nuevamente a Colombia.